
DE BUENAS LETRAS
JOSÉ ANTONIO CORDÓN

De la Academia de Buenas Letras de Granada

El libro más peligroso del mundo

En una calle discreta del París de los años veinte, 'Shakespeare & Company' era algo más que una librería anglófona en tierra francesa. Funcionaba como un santuario laico para escritores errantes, lectores inquietos y textos que no encontraban acomodo en ningún otro lugar. Entre aquellas paredes estrechas, Sylvia Beach ejercía una hospitalidad intelectual que hoy parece irreplicable: prestaba libros, ofrecía conversación y, sin proponérselo del todo, se preparaba para intervenir en uno de los episodios más paradójicos de la historia literaria moderna.

Porque 'Ulises', la novela que hoy muchos consideran la cumbre de la narrativa en len-

gua inglesa, nació bajo el signo de la prohibición. Durante más de una década fue declarada obscena en la mayor parte del mundo angloparlante. Autoridades de ambos lados del Atlántico confiscaron, destruyeron y quemaron más de un millar de ejemplares. Fragmentos del texto fueron condenados antes incluso de adquirir forma definitiva: en París se destruyeron borradores; en Nueva York, cuando aún se publicaba por entregas en 'The Little Review', un tribunal lo calificó de «obsceno, impúdico y lascivo». La novela fue ilegal en Gran Bretaña y en otros países; venderla, distribuirla o simplemente importarla constituía un delito.

La reacción de la prensa no fue menos virulenta. El 'Sunday Express' la proclamó «el libro más infamemente obsceno de la historia de la literatura, tanto antigua como moderna». 'The Dublin Review' fue aún más lejos, advirtiéndole a los compatriotas de Joyce de que leer 'Ulises' equivalía a cometer un pecado contra el Espíritu Santo, el único, según la doctrina, sin posibilidad de perdón. La condena no era solo jurídica o moral: era casi teológica.

En ese clima, 'Ulises' se transformó en un objeto clandestino. Circulaba como contrabando literario: ediciones pirata impresas a toda prisa, ejemplares falsificados, libros escondidos en maletas con la esperanza de bur-

lar a los agentes de aduanas. Leer a Joyce implicaba riesgo, complicidad y una cierta vocación de herejía cultural. La novela no se encontraba: se conseguía.

James Joyce, respaldado por algunos de los escritores y editores más relevantes de su tiempo, tuvo que luchar durante años para obtener el derecho a publicar su obra en Inglaterra y Estados Unidos. Pero antes de que esa batalla legal se resolviera, hubo un gesto decisivo y silencioso. Desde su librería parisina, Sylvia Beach decidió asumir un riesgo que ninguna gran editorial estaba dispuesta a correr. Sin capital ni experiencia, propuso una suscripción anticipada: lectores que pagarían por adelantado un libro aún incompleto y jurídicamente proscrito. No compraban una mercancía; financiaban un acto de confianza.

La iniciativa despertó entusiasmo y rechazo, pero Beach persistió. Publicó 'Ulises' en 1922. Y con ese acto, frágil y obstinado, alteró el curso de la literatura del siglo XX. Hoy, cuando la novela ocupa un lugar central en el canon, conviene recordar que fue durante años un libro perseguido, clandestino y casi inexistente. Y que su supervivencia no se debió a instituciones poderosas, sino a una librería que, desde una pequeña tienda parisina, creyó que la literatura debía ser defendida incluso —o sobre todo— cuando resultaba intolerable.